

Recuerdos de un amor

Juana empezaba su día con la mala costumbre de revisar sus redes sociales en cuanto despertaba. Después de perder varios minutos, se daba cuenta de que se le había hecho tarde para seguir su rutina, la cual consistía en bañarse, alistarse para su jornada laboral, preparar el desayuno e irse al trabajo. Camino a su trabajo recordó lo que su mamá le había encargado: le pidió que no olvidara comprar el pan en la noche al regresar, por lo que Juana decidió poner una alarma en su celular para combatir su mala memoria. La mamá de Juana se llama Martha, pero es más conocida con sus vecinos como doña Martha, una mujer de una nobleza enorme, siempre alegre y muy inteligente, una mujer que muchos describirían como berraca. Juana a veces se preguntaba cómo fue posible que su madre la hubiera sacado adelante sola, darle un techo, alimento y educación, simplemente algo imposible para ella que a sus veintinueve años seguía confundiendo el cilantro con el perejil. Durante el día una vecina acompañaba a doña Martha mientras Juana trabajaba, puesto que ya tenía setenta años y algunas cosas le costaba trabajo hacerlas por su cuenta.

Ese mismo día, saliendo de su trabajo Juana pasó por un almacén de ropa y se quedó viendo desde la vitrina un vestido que llamó su atención. Era de color lila y tenía unas rosas bordadas en la falda. Juana recordó que su mamá le había comprado un vestido

muy parecido cuando tenía diecisiete años; conectándose de nuevo con el presente impulsivamente entró a la tienda y compró el vestido. Cerca de casa compró el pan que su mamá le había pedido, entró a su casa y escuchó a su mamá decir

—¿Adrián? ¿Eres tú Adrián?

A lo que Juana respondió:

—No mamita, soy Juana.

Adrián hacía muchos años no iba a la casa.

Juana le preparó un café y le llevó dos rebanadas de pan. Su mamá la miró y le sonrió, sólo dijo gracias y se llevó el pan a la boca.

Al finalizar su día con aquella mala costumbre Juana revisaba su celular, se mentía a sí misma diciendo que necesitaba leer las noticias, pero la verdad es que nunca había nada verdaderamente importante, era una excusa para distraerse de la realidad. Algunas veces Juana lloraba, sentía un dolor muy profundo en su corazón. En esas noches decidía ir al cuarto de su madre, la veía descansar profundamente y envidiaba esa sensación. Ojalá ella pudiera dormir así de plácidamente, pensaba Juana, viendo a su madre ahí recostada recordaba cuando era ella quien cuidaba sus sueños y la protegía de pesadillas. Cuando era niña, una noche decidió ver una película de terror. Sus amigos le aseguraron que no daba miedo y ella inocentemente les creyó. Lo cierto fue que en la noche, inmersa en la oscuridad de su cuarto imaginaba que una mano huesuda salía de su cama y la arrastraba al suelo. Juana salió de su cama corriendo y fue a buscar a su madre, quien decidió acompañarla a su cuarto y se recostó junto a ella, Juana totalmente asustada le pidió a su mamá que no se fuera.

—No me iré nunca, te prometo que me quedaré aquí contigo
—le respondió.

Esa noche durmieron juntas. Fue de las últimas noches que durmió con su mamá, después fue muy grande como para querer compartir su cama y en sus dramas adolescentes jamás permitiría que su mamá durmiera con ella, ¿Qué dirían sus compañeros si supieran? “¡Qué oso!” pensaba Juana, pero esa noche en la que Juana veía a su mamá dormir se sintió de nuevo de diez años y se acostó a dormir a su lado, la abrazó y le susurró al oído: “No te vayas nunca mamita...”.

Al siguiente día Juana despertó temprano a preparar el desayuno, suspiró y se sintió aliviada de recordar que era sábado y no tendría que ir al trabajo, pensó en salir con su mamá al parque, así que durante el desayuno le contó sus planes y ella asintió.

Era un día soleado en Bogotá Hacía el tipo de sol que a veces puede desesperar a los ciudadanos, pero su mamá parecía complacida de estar ahí, contemplando a los niños que jugaban. Por el contrario Juana quería regresar a su casa, sin embargo, disfrutaba más compartir esos momentos con doña Martha. Allí también recordó que en ese mismo parque veinte años atrás se golpeó en un brazo cuando aprendía a montar bicicleta, aunque eso no la detuvo. Juana quería seguir intentando, su mamá le decía que no se rindiera porque ese día aprendería a montar en bicicleta, su mamá le enseñó y ella se sintió la niña más feliz y capaz del mundo. Juana sonrió al recordarlo y miró a su mamá, la tomó de la mano, sintió que estaba tibia, se fijó en sus pecas y las arrugas que ya tenían. Sosteniendo aún su mano le dijo que era hora de regresar, pero su mamá cambió drásticamente su expresión y gritándole dijo: —¡No! Yo no me voy, yo me quedé aquí —Juana se sonrojó al pensar que las personas en el parque las estaban viendo, ella siempre había evitado exponerse en público, sobre todo en discusiones.

—Vamos mamita, ya debemos regresar —le dijo Juana, pero doña Martha se veía muy enfadada.

—No me quiero ir ¡yo no sé quién es usted, déjeme en paz!
—gritaba doña Martha mientras Juana parecía haberse congelado durante unos segundos.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, sentía que se desvanecía entre la silla del parque. De pronto una hoja seca cayó sobre su cabeza y la devolvió a la realidad. Tomando de nuevo valor le dijo a su madre que tenían que irse porque Adrián las estaba esperando en la casa. Al escuchar esto, doña Martha se tranquilizó y se fue con ella, aunque se negó a tomarla de la mano.

En la casa doña Martha le preguntó a Juana quién era y ella contestó que era su hija Juana, pero doña Martha insistía en que no la conocía, decía que solo tenía un hijo y se llamaba Adrián. Juana le dijo que se recostara y que pronto llegaría Adrián. Juana se fue a su cuarto, se sentó en el borde de la cama y se quedó viendo al suelo mientras sus lágrimas caían. Se sentía profundamente triste, quería hundirse en la cama y no volver a salir de allí nunca. Su corazón latía tan fuerte como si se fuera a salir de su pecho. Algunos meses atrás el doctor le dijo a Juana que ese día llegaría, el momento en que su madre no la reconocería, solo recordaría algunas cosas de su pasado y olvidaría muchas otras de su presente. Doña Martha se quedaría viviendo en un tiempo que ya no existe, y mientras eso sucedía el futuro de Juana cambiaría drásticamente.

Pasaron un par de meses y las crisis con su mamá eran cada vez más difíciles de enfrentar, su mamá no le hacía caso y la trataba mal, la desconocía completamente. Durante las crisis Juana le decía que ya vendría Adrián, aunque sabía que eso probablemente no iba a pasar. Juana tuvo que pedir una licencia en su trabajo para poder

cuidar de su madre, ya que para su vecina también se había vuelto complicado acompañar a doña Martha.

En una de esas noches difíciles con su madre Juana prefirió salir de su casa a tomar aire. Al día siguiente doña Martha se despertó y fue en busca de agua, en la cocina escuchó la puerta y preguntó:

—¿Adrián? ¿Eres tú Adrián? —pero nadie contestó.

La puerta se cerró y luego de un largo silencio una voz dijo:

—Sí mamá, soy Adrián.

La señora Martha se dio vuelta y descubrió a su hijo, lo tomó de las manos y lo abrazó muy fuerte. Ambos empezaron a llorar.

En la casa todo parecía tranquilo. Adrián se quedó a dormir esa noche en el cuarto de Juana y allí también lloró. Sentía un profundo dolor debido al estado en que su mamá se encontraba. Durante la noche no logró conciliar el sueño, en su pecho había una sensación de intranquilidad e incertidumbre, sentía que el cuarto se hacía más pequeño con el pasar de las horas, era como si se estuviera ahogando. De pronto escuchó un ruido en el cuarto de al lado donde dormía su madre. Rápidamente se fue a verla y la descubrió despierta, la luz de la calle iluminaba tenuemente el cuarto. Su madre solo lo veía como una sombra, así que le pidió que se acercara. Para cuando fue claro ver su rostro empezó a llorar, su tibia mano tocó su rostro y le preguntó:

—¿Qué pasó contigo?

Adrián dudó por unos segundos, pero respondió que todo estaba bien, le recordó a su madre cuanto la amaba y ella le dijo que no le podría cumplir la promesa que alguna vez le hizo.

—No podré quedarme para siempre, ya no podré quedarme aquí contigo.

Adrián intentó hablar, pero no lograba articular palabra, solo lloraba mientras la veía a los ojos. Su madre le dijo que había estado

en el cuarto de Juana ese día, le contó que encontró un vestido muy lindo sobre la cama.

—Recuerdo cuando me lo dijiste, recuerdo que había leído sobre ello solamente por curiosidad, había visto historias en televisión, pero eran lejanas, eran esa clase de historias que pensamos que nunca nos van a pasar a nosotros. Estabas ahí de frente con tu carita toda llena de lágrimas, pidiéndome perdón por ser como eras, suplicando que no te abandonara y te apoyara, desde ese día dejaste de ser Adrián y te convertiste en Juana, mi hija, al siguiente día te compré un vestido muy parecido al que tienes en tu cuarto, tú ya no eres Adrián mi cielo, eres mi Juana.

En ese momento de lucidez doña Martha tomó las manos de su hija y les dio un beso, le dijo que la amaba muchísimo y que su mejor decisión siempre fue apoyarla. Adrián, o más bien Juana, como decidió llamarse desde hace muchos años, le pidió a su mamá que no se fuera y que se quedara con ella porque no sabría como continuar sin su incondicional amor y compañía, pero los ojos de doña Martha se cerraron y ya no volvieron a abrirse nunca más.

Juana sigue llorando algunas noches en su cuarto, recordando las últimas palabras de su madre, extrañando sus abrazos, sus comidas y sus palabras de aliento. Su consuelo ha sido que en esos últimos momentos su mamá recordó quien era ella, no tuvo que fingir ser una persona que hacía tiempo ya no era; su mamá se fue amándola como Juana y eso fue un abrazo para su corazón y alma que por siempre recordarán a doña Martha.

Anyela Homez
Contaduría Pública
Facultado de Ciencias Económicas
y Administrativas.